

es deseable los esposos pueden hacer uso de los periodos agénésicos para manifestarse el afecto y salvaguardar la mutua fidelidad. Obrando así dan prueba de amor verdadero e íntegramente honesto.

17. *Graves consecuencias de los métodos de regulación artificial de la natalidad.*—Con los métodos artificiales se abriría camino fácil a la infidelidad conyugal y a la degradación general de la moralidad, sobre todo en los jóvenes.

Con el uso de las prácticas anticonceptivas se perdería el respeto a la mujer, sin preocuparse de su equilibrio físico y psicológico, hasta considerarla como simple instrumento de goce egoísta, más que como compañero respetada y amada.

Sería, en fin, arma peligrosa en manos de las autoridades públicas que se sientan despreocupadas de las exigencias morales. Se entregarían pues a tales autoridades públicas el sector más personal y más reservado de la intimidad conyugal.

18. *La Iglesia garantía de los auténticos valores humanos.*—Son muchas las voces que se oponen a la Iglesia. A semejanza de su divino Fundador, ella es «signo de contradicción» (Luc., 2, 34). Pero no por eso deja de proclamar, con humilde firmeza, toda la ley moral, sea natural o evangélica. La Iglesia no es la autora de estas leyes, sino su depositaria e intérprete y no podrá jamás declarar lícito lo que se oponga al verdadero bien del hombre.

Defendiendo la moral conyugal la Iglesia

“Sin menoscabar la saludable doctrina, los sacerdotes deben dar ejemplo de paciencia y de bondad en su trato con los hombres...”

sabe que contribuye a la instauración de una civilización verdaderamente humana y que defiende la dignidad de los cónyuges. Ella es la amiga sincera y desinteresada de todos los hombres.

III. ORIENTACIONES PASTORALES

La tercera parte de la Encíclica comprende los apartados 19-31 y da normas para confortar moralmente a los hombres y guiar la acción de los educadores, de los medios de difusión, de las autoridades públicas, de los hombres de ciencia, de los esposos cristianos y el apostolado matrimonial, de los médicos, de los sacerdotes y de los obispos.

Dice que, imitando al Redentor, la Iglesia conoce la debilidad del hombre, siente compasión de las muchedumbres y acoge a los pecadores.

Como todas las grandes y beneficiosas rea-

lidades, la moral matrimonial exige serio empeño y acudir a la ayuda de Dios. No hay dominio del instinto sin lucha ascética. Pero en esta lucha desarrollan los cónyuges su personalidad y se enriquecen con valores espirituales.

Para ello es menester crear un ambiente público favorable a la castidad y reprimir todos los medios de comunicación que exciten los sentidos y estimulen el desenfreno de las costumbres. Estas depravaciones no pueden ser justificadas con pretextos artísticos, científicos o de libertad pública.

Estimula a las autoridades para que protejan la salud moral de la familia, que es la célula fundamental de los pueblos.

Pide su esfuerzo a los hombres de ciencia, como lo hizo ya Pío XII, para que la Medicina logre dar base suficientemente segura a la regulación de los nacimientos, fundada en la observancia de los ritmos naturales.

Estimula a los esposos a cumplir su deber invocando con oración perseverante la ayuda divina y acudiendo a la fuente de gracia y de caridad que es la Eucaristía. «Y si el pecado les sorprende todavía no se desanimen, sino que recurran con humilde perseverancia a la misericordia de Dios, que se concede en el Sacramento de la Penitencia.»

Alaba fervientemente las nuevas formas de apostolado matrimonial por el que los esposos se convierten en guías de otros esposos.

Pide a los médicos y al personal sanitario que asesoren a los matrimonios.

Pide, sobre todo, a los sacerdotes que sean los primeros en dar ejemplo, aceptando leal, interna y externamente el Magisterio de la Iglesia en el ejercicio de su ministerio. Tal colaboración es obligatoria y de suma importancia para dar paz a las conciencias y unidad al pueblo cristiano.

Sin menoscabar la saludable doctrina, los sacerdotes deben dar ejemplo de paciencia y de bondad en su trato con los hombres, a imitación de Jesucristo, que no vino para juzgar, sino para salvar; y que habiendo sido intransigente con el mal, fue misericordioso con las personas. Que los cónyuges encuentren en las palabras y en el corazón del sacerdote el eco de la voz y del amor del Redentor.

Finalmente dirige el Papa su «pensamiento reverente y afectuoso» a los Obispos para que salvaguarden con ardor y sin descanso la santidad del matrimonio. «Considerad esta misión como una de vuestras responsabilidades más urgentes en el tiempo actual.»

Termina invocando sobre todos los hombres, y especialmente sobre los esposos, la abundancia de las gracias del Dios de santidad y de misericordia.

Dado en Roma, en la fiesta del Apóstol Santiago. 25 de julio de 1968.

“Publicado en VIDA NUEVA-PPC, Madrid”